



Actitudes frente al Concilio Vaticano II

Católicos sin espíritu renovador alientan la esperanza de que el Papa deshaga con su autoridad lo que hizo el Concilio. Inercia, derrumbe de esquemas, perplejidad. ¿Puede un católico hacer oídos sordos a las enseñanzas del Concilio?

El Concilio Vaticano II ha sacudido la vida de la Iglesia. Sin embargo, hay todavía católicos que no han sido alcanzados por su espíritu renovador, y que permanecen encastillados en sus esquemas preconciarios, alentando en su corazón la secreta esperanza de que el Papa deshaga con su autoridad lo que hizo el Concilio.

LAS ACTITUDES

Pero la actitud no es siempre la misma. Unos se resisten al cambio simplemente por inercia. Se encuentran instalados y el "aggiornamento" les molesta. Otros han visto derrumbarse sus esquemas y se encuentran perplejos y desorientados sin saber qué creer. Se dan también los defensores de la ortodoxia: "soy católico, pero no conciliar". Ven, en todo, la acción de fuerzas ocultas movidas por motivos inconfesables y desconfían del cambio. En el extremo opuesto, están los descontentos e insatisfechos porque la renovación no ha sido suficientemente radical, y que tratan, por su propia cuenta, de hacer una reforma a su gusto.

No deja de ser doloroso que en un momento en que el diálogo ecuménico hace vislumbrar el retorno a la unidad de todos los cristianos, olvidemos los católicos la oración de Cristo por la unidad: "Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros, y el mundo crea que tú me has enviado".

LAS CAUSAS

¿Puede un católico, en buena conciencia, hacer oídos sordos a las enseñanzas del Concilio?

Una actitud así es psicológicamente explicable. Digámoslo sencillamente, aun con riesgo de ofender ciertas susceptibilidades. Donde hay extremismos hay necesariamente oídos sordos. Mejor dicho, sordos a medias. Oyen bien, pero a medias. Oyen solamente lo que les conviene y no va en contra de lo que ellos piensan que es la Verdad Absoluta, olvidándose así que la única verdad es Cristo, y de que esta verdad expresada por su Iglesia está más allá de toda concepción parcializante. ¿Se puede oír al Concilio cuando se está en un integrismo o en un progresismo a ultranza? Nos parece que no. Quien no tiene la actitud de "escuchar", con la humildad de los niños, la palabra divina, ni quiere escuchar, ni oír. Estas páginas se dirigen a los que quieren oír, porque tienen la humildad de escuchar.

EL CRISTIANISMO NO HA CAMBIADO

El Concilio no pretende una reforma del Cristianismo, sino una reforma de nosotros mismos en el Cristianismo. El "aggiornamento" provocado por el Concilio no tiene lugar al nivel de la

Iglesia-Institución divina, al nivel de la vida de la Iglesia. No hay que confundir en la Iglesia lo que Cristo ha instituido, con lo que es el resultado de situaciones y condiciones histórico-sociológicas. Lo que Cristo ha instituido es inmutable. Pero no hay ninguna dificultad en modificar todo aquello que ha ido surgiendo en la vida de la Iglesia debido a factores de orden histórico y social.

El Concilio no ha cambiado ningún dogma de fe. La función del Magisterio de la Iglesia no es ni cambiar la fe, ni añadir nuevas verdades a su "credo", según la conveniencia de los tiempos. Su función es simplemente la custodia y la fiel exposición del depósito de la fe contenido en la Escritura y en la Tradición (cfr. Conc. Vaticano I, Const. "Pastor aeternus", cap. 4, Denz. 1836). Por eso, aunque el Concilio no puede cambiar la fe, sí puede definirla y exponerla para darnos una comprensión más clara, más precisa y más profunda de ella. Con este fin prometió Jesucristo la venida del Espíritu Santo: "Muchas cosas tengo aún que deciros, más no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniera aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa" (Jn 16, 12-13). Por eso, los Apóstoles y presbíteros reunidos en el Concilio de Jerusalén podían decir: "Porque ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros" (Hech 15, 28). No aceptar las enseñanzas del Concilio o desconfiar de ellas ¿no es en el fondo una falta de fe en la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia?

¿ES NECESARIA LA OBEDIENCIA AL CONCILIO?

Se arguye, a veces, que como el Concilio no ha querido definir ninguna verdad de fe, sus enseñanzas no son obligatorias. A esto responde la Declaración de la comisión teológica del Concilio, del 6 de marzo de 1964: "todo lo que el Concilio propone como doctrina del Magisterio Supremo de la Iglesia debe ser acatado y aceptado por todos y cada uno de los fieles de acuerdo con la mente del mismo Concilio". Lo mismo repitió Pablo VI, al concluir los trabajos del Concilio, en su alocución del 7 de diciembre de 1965: "Es provechoso ahora llamar la atención sobre una cosa: la Iglesia por su magisterio, aunque no ha querido definir con sentencias dogmáticas extraordinarias (se refiere al Concilio) ningún capítulo de doctrina, sin embargo, ha propuesto, con autoridad, sobre múltiples cuestiones, su doctrina, con arreglo a la cual están obligados hoy los hombres a conformar su conciencia y su modo de obrar" (AAS, 58 [1966] 57).

Esto es así, porque en virtud de lo instituido por Cristo el Magisterio de la Iglesia es autoritativo. Autoritativo significa que no se apoya en la fuerza de los argumentos o en su competencia científica, sino en la autoridad de Cristo al cual representa. La autoridad del Magisterio de la Iglesia se funda en la misión recibida del mismo Cristo: "Como el Padre me envió también yo os

envío" (Jn 20, 21); "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (Mt 28, 18-20). Por eso, la naturaleza del Magisterio de la Iglesia consiste en la función de enseñar en el nombre de Cristo y con la autoridad de Cristo, en virtud de la misión recibida del mismo Cristo.

Correlativamente a este magisterio existe en el que lo recibe la obligación de prestarle asentimiento: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea se condenará" (Mc 16, 15-16). Este asentimiento debe ser interno, es decir, del juicio mismo, y prestado por un motivo religioso, un motivo de fe, que hace recibir la palabra de la Iglesia como si viniera del mismo Cristo.

Esta doctrina no es nueva en el Magisterio de la Iglesia. Pío XII la recuerda en la Encíclica "Humani Generis": "No hay que creer que las enseñanzas de las encíclicas no exijan de suyo el asentimiento, por razón de que los romanos pontífices no ejerzan en ellas la suprema autoridad de su magisterio. Pues son enseñanzas del magisterio ordinario, del cual valen también aquellas palabras: «El que a vosotros oye a mí me oye»" (Denz. 2313). Y antes que él enseñaron lo mismo Pío IX (Ep. "Tuas libenter", Denz. 1683-4; "Syllabus", Denz. 1722), el Concilio Vaticano I (Const. de Fide Catholica, Denz. 1820), León XIII (Enc. "Inmortale Dei", Denz. 1880), y Pío X (motu proprio "Praestantia Scripturae", Denz. 2114).

El asentimiento interno es un juicio por el cual el hombre se adhiere intelectualmente a una proposición. No es suficiente el mero silencio, la sola aceptación externa, el no manifestar una opinión contraria. Cuando el magisterio es infalible, es decir, cuando se trata de algo propuesto por la Iglesia de manera irrevocable y definitiva, el asentimiento es también absoluto, incondicionado e irrevocable. Pero cuando el magisterio es solamente autoritativo aunque no infalible, el asentimiento no es absoluto, sino condicionado. La condición es la siguiente: a no ser que la misma Iglesia enseñe otra cosa, o que se ponga en evidencia la verdad de la afirmación contradictoria. En este caso, el asentimiento no excluye la posibilidad de un cambio, porque tampoco lo excluye el Magisterio. Sin embargo, esto no impide la certeza, pues se trata de una certeza moral que aunque no excluye la posibilidad de errar, excluye el temor prudente de errar.

Las enseñanzas del Vaticano II son un acto de magisterio autoritativo. Por eso, son normativas para todos los miembros de la Iglesia. La garantía de su verdad es la promesa de Cristo: "Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

Enrique J. Laje, S. J.